

0704
D. 1053
C3
V.1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Esta obra es propiedad de su editor, y nadie sin su consentimiento, podrá traducirla ni reimprimirla.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Imprenta y Casa editorial de Felipe González Rojas, calle de San Rafael, núm. 9, (barrio de Pozas.)



CAPÍTULO PRIMERO

Antecedentes indispensables al estudio del siglo XIX

ESTE siglo corriente ha entrado ya en el período de su evolución pacífica; mas no puede, no, dudarse que pasó por un período ardientemente revolucionario, al cual ha debido el haber aparecido ante la Historia con fórmula ya indeleble, que le califica del siglo de las revoluciones. A primera vista parece que no hay en el mundo más revoluciones que las revoluciones políticas; y sin embargo, menos fragorosas, pero no menos profundas, hay revoluciones en el suelo, en el hogar, en la familia, en las artes, en la religión y en la ciencia, como las hay también, y á su vez, así en el Estado cual en la política. Nadie puede negar al período de los descubrimientos á fines de la Edad Media un revolucionario carácter, en el concepto de que radicalmente se cambió y transformó todo, así en la tierra como en el mar á nuestra vista. Y lo que pasó con los descubrimientos pasó en sucesiva serie con las demás fases de nuestro espíritu. Los barcos que iban desflorando las vírgenes aguas de las Bahamas y de las Antillas; los descubridores que construían máquinas como la imprenta para vencer las limitaciones del tiempo, y como la brújula para relacionar los cielos con los mares y vencer las limitaciones del espacio; jurisperitos que constituían poco á poco los usajes feudales consuetudinarios y los fueros y los privilegios caóticos y confusos con la unidad superior del derecho civil juntándola también á la unidad superior del Estado moderno, los poetas que concluían en sus versos con el eclesiástico latín y usaban la lengua de los

pueblos; el artista menospreciador de la bizantina liturgia, que huía del tipo consagrado por las iglesias orientales para sus efigies y observaba la Naturaleza; el filósofo sublevado contra las fórmulas escolásticas y convertido á oír los oráculos, y los dictados de su corazón en los senos de su conciencia, el Gran Capitán que cambió la táctica y el monje Roger Bacon que dió con la pólvora: San Francisco de Asís poniendo el amor sobre todas las personas entre los combates de la Edad Media y dando el primer hachazo al feudalismo con su religión de la humanidad y de la pobreza; Guttemberg, el gran fundador de la imprenta y aquellos que le ayudaron, bien merecen ser colocados entre las lumbreras revolucionarias; cuya luz y cuyo calor ha esclarecido, y á veces abrasado el orbe, apercibiendo con sus esfuerzos múltiples y con sus ideas creadoras, con su inteligencia y con su voluntad, con sus ensueños y con sus batallas, con sus sátiras y sus sacrificios en este suelo social del siglo décimo-nono como los terrenos sucesivos que han precedido á la formación del período armónico en que ahora vivimos, y compuesto la corteza del globo terráqueo, han sido indispensables á este gran resultado y forman en sus desarrollos sucesivos la totalidad de nuestro planeta coronado por la celestial irradiación de nuestra vida. Existe una penetración tan extraordinaria entre los pueblos; se suceden los tiempos con un rigor tan lógico y en una serie tan encadenada: el antecedente genera sus consiguientes con una dialéctica tan incontrastable, que apenas puede separarse una edad de otra edad en la suma objetiva que todas ellas componen, miradas desde la hora que transcurre y pasa en estos instantes. Imperfecta sería la ciencia de nuestro suelo, si desconociésemos los elementos químicos que lo componen y la condición de estos elementos en el éter universal diseminado por lo infinito y las zonas geológicas componentes del subsuelo que suben de la llama central á la corteza fría y al mundo habitable. Pues bien, mayor correlación hay entre las edades en el tiempo y mayor encadenamiento que entre los seres en el espacio, á pesar de la cohesión manteniendo las moléculas unidas unas á otras á pesar de la atracción manteniendo los planetas en correlaciones estrechas con sus soles, y los soles en correlación estrecha con otros soles, á pesar de las afinidades íntimas y de la gran atracción universal. ¿Cómo podéis explicarme que hayan pasado pueblos diversos, desconocidos unos para otros, por las primeras fases, por los primeros períodos de vida, por iguales puntos de tiempo y por análogo desarrollo del espíritu y de sus complejas facultades? El que coincida un movimiento como la convocación del ejército de las cruzadas en diversas regiones y gentes; una surrección tan simultánea como la surrección de los reyes santos, idénticos entre sí por tal manera que parecen una persona tan sólo en diversos tronos, y que luego vengan los Reyes crueles á representar el terror monárquico estallando contra el feudalismo, hasta parecerse un período á otro período de la Edad Media en todas partes, sirven para demostrar que hay, como cierta unidad visible dentro de cada pueblo bajo contradicciones inevitables: también bajo contradicciones inevitables cierta unidad en los continentes, y sobre

todo en este nuestro continente, que siendo el menor de todos en extensión, los aventaja y excede á todos en grandeza intelectual y moral.—Escribiendo la historia de cada pueblo europeo, escribimos la historia de todos los pueblos europeos; ¿por qué no juntarlos á todos y no escribir su desarrollo en este período de un siglo, donde ha podido mostrar sus facultades múltiples, como quizá no las ha mostrado en ningún otro siglo?

Una de las reflexiones que primero asaltan á quien profundiza la Historia, es la distancia entre el nacimiento de las ideas en la conciencia y su realización práctica en la vida. ¡Qué largo espacio entre la idea socrática de la elevación del espíritu y su conciencia sobre el Estado y la realización de este principio por medio de la libertad religiosa en nuestras leyes, en nuestros estatutos, en nuestras costumbres! ¡Cuánto se ha tardado desde el día en que, bajo su forma religiosa, estalló la idea de la unidad fundamental del género humano hasta el día en que, bajo forma social, y esta idea llegó á destruir todas las servidumbres y emancipar á todos los esclavos! Así, deslizóse un pensamiento en el seno de la filosofía antigua, que aquellas sociedades, griega y romana, no pudieron realizar, y que cuajó más tarde, organizándose por medio del Pontificado católico. Esta idea era aquella formulada por Platón el divino en su *República*, donde pedía el Gobierno para los filósofos, representantes, por su capacidad superior de la inteligencia, directora del mundo; mientras las otras clases representan las pasiones y las fuerzas que debían estar á la inteligencia, completa y absolutamente sometida. La idea de un régimen dirigido por los que representan el espíritu en la sociedad, no pudo prevalecer, no, durante la vieja Historia. Aristóteles fué el maestro, pero no el consejero de Alejandro. Los filósofos estoicos llegaron á elevar al trono alguno de sus sectarios en la Roma imperial; pero no á constituir fuerte institución política, que esclareciera las conciencias al mismo tiempo que regulara los hechos. El error radical de la filosofía antigua estaba en pedir el gobierno para las clases sabias y científicas, cuando siempre existe por leyes ineludibles una grande desproporción necesaria entre la realidad y el pensamiento, entre el estado mental de los filósofos y el estado mental de los pueblos. Con razón ha observado uno de los más profundos pensadores modernos que los hombres de pura ciencia, ó no llegan al gobierno y á la administración pública, ó de llegar no aplican, y mucho menos en toda su pureza, los rigurosos principios científicos. Y aun añade la ingeniosa comparación de que, si á un filósofo se le ocurriera elevar una sociedad, sin medir las resistencias sociales, hasta su propio estado mental, frustraríase su empeño y obtendría resultado idéntico al que obtuviera un naturalista arrancando á los peces los órganos con que respiran en el agua para ver si por este medio podrían respirar en el aire. No era dado, no, entregar el conjunto de intereses, por regla general, pequeños y limitadísimos, que todo gobierno protege, á la grandeza y á la limitación del pensamiento científico. Cuando este pensamiento ha de dominar y ha de imponerse rompiendo por todo, superando todo, sin atención alguna á la realidad, sucede la

embriaguez de las conciencias, la exaltación de los sentimientos, la tempestad de las pasiones, el diluvio de las ideas, los delirios epilépticos en la trípode sagrada, los oráculos divulgados en la razón pública, el nacimiento de generaciones heroicas y mártires, el menosprecio á la vida como si los instintos orgánicos se suspendieran, las batallas épicas que preside la muerte, los filósofos convertidos en tribunos, los tribunos convertidos en redentores, la aparición del Sinaí que fulmina y relampaguea juntamente con la aparición del Calvario que convierte en altares los patibulos; finalmente, la fuerza casi sobrenatural y milagrosa de las revoluciones. Pero estos periodos, verdaderas crisis, resultan pasajeros y transitorios en la historia humana como las tempestades en la atmósfera terrestre. Y el gobierno diario del mundo no pertenece casi nunca á los más sabios. Perteneció, sin embargo, en la Edad Media por razón de haberse dividido y separado la esfera del poder temporal de la esfera del poder espiritual. Hecha esta separación, apenas concebible en la sociedad antigua, donde reinaba la armonía del fondo y de la forma, del espíritu y de la naturaleza, de lo que podríamos llamar la Iglesia y el Estado, naturalmente las ideas, los dogmas, los principios esenciales quedaron á cargo del poder espiritual, á cargo del Pontífice máximo, á cargo del sacerdocio, mientras los intereses políticos, administrativos, económicos, quedaron á cargo del poder temporal, del Imperio, de las monarquías y de la aristocracias laicas. Por la tendencia natural que hay en todos los seres sociales á ir allende sus límites, el poder del espíritu pugnó por posesionarse de la tierra y el poder material por posesionarse del espíritu. Pero la separación de ambos poderes tuvo tal fecundidad, que no obstante estas mutuas pretensiones dió nuevos aspectos á la historia humana, iniciando los caracteres fundamentales de la civilización moderna. En verdad, para que todo esto se verificase fué menester una extraña coincidencia histórica, fué menester que tras sociedades tan avanzadas como la griega y la romana vinieran irrupciones tan devastadoras como las germánicas, dando á la sociedad una especie de carácter primitivo; y que una clase, la clase intelectual, la clase espiritual, la clase consagrada á las ideas y á los intereses morales, el clero, tuviese en sus monasterios y en sus templos todos los residuos de la ciencia, para fascinar con sus prestigios el sencillo espíritu de los bárbaros, mientras una institución puramente religiosa como el Pontificado, cedía la parte corpórea de aquella sociedad al poder temporal, es decir, á los Emperadores y á los Reyes, y se quedaba, en nombre del poder espiritual con la inmensidad de la conciencia humana, que era tanto como quedarse con la inmensidad de los cielos, de los cuales descienden la luz y el calor al bajo obscuro mundo de los hechos. Y de esta suerte se fundó y de esta suerte se arraigó el régimen capital de la Edad Media.

Yo sé muy bien que jamás suele un siglo presentarse aislado en el tiempo, como se presenta una personalidad aislada en el espacio. Depende un siglo de otro en los sistemas históricos á la manera que depende un planeta de su sol y un satélite de su planeta en los

sistemas solares. Un período de tiempo venido á nosotros se comprende por otro período de tiempo procedente y lejano. La crítica de la razón pura en el siglo anterior, que crea un individuo tan sabio en metafísica, y que somete lo creado y lo increado á nuestro juicio y criterio, explica la expansión liberal y las instituciones democráticas del siglo corriente. ¿Cómo hubiera venido el pensamiento á doblar la Historia y á completar el espíritu con la naturaleza y con el arte si la disminución del poder espiritual antiguo y de su teocracia no deja cierta libertad al pensamiento para moverse y esparcirse? Observad las fases del espíritu. El paganismo no se concluye hasta que ha dado, además de las ciencias y las artes helénicas, la política y el derecho de Roma, tendiendo en su período último, resumen verdadero de todo aquello antes ideal y teórico, á una práctica é inmanente aplicación del pensamiento filosófico por medio del estoicismo á la moral; por medio de la jurisprudencia renovada en los edictos del pretor á la legislación; por medio del Imperio y la unificación del género humano á la política; por medio del eclecticismo latino, paralelo del sincretismo alejandrino, á la síntesis de las artes y de las ciencias, terminando y concluyendo así aquella idea ó espíritu. Pues lo mismo que pasa con el paganismo, desarrollado y cumplido hasta en sus últimas consecuencias y aplicaciones, para dejar paso al catolicismo, pasa con el catolicismo, que llega en el siglo decimo-tercio á su plenitud: pero del siglo decimo-tercio en adelante, concluida la gran evolución teocrática con Inocencio III, con la Suma de Santo Tomás, con el arte gótico; con la pintura bizantina, empieza el espíritu moderno á despertarse por medio de las literaturas y de las lenguas nacionales, que lanzan sus primeros balbuceos, y por medio de las monarquías, que inician con rigor su guerra contra el feudalismo é inician con suma prudencia su separación y desasimiento del poder pontificio, tendiendo á constituir un poder absoluto, mas también civil y laico. Pues así como la conclusión y término de la idea pagana trajo la teocracia católica, la conclusión y término de la teocracia política trajo el espíritu nuestro, esa especie de aire vital en que respiramos y nos nutrimos ahora. Por tanto, una vez comenzada la dirección emprendida por la sociedad hacia el cumplimiento de otros ideales, cada siglo aporta un elemento á la cultura europea. Si el siglo decimo-cuarto las literaturas modernas, el siglo decimo-quinto el renacimiento. Si el siglo decimo-quinto el renacimiento, el siglo decimo sexto la reforma. Si el siglo decimo-sexto la reforma, el siglo decimo-séptimo la filosofía. Si el siglo decimo-séptimo la filosofía, el siglo decimo-octavo la revolución. Si el siglo decimo-octavo la revolución este gran siglo nuestro, el mayor de los siglos, trae como el resumen de todo este gran movimiento iniciado desde las primeras cismas de Occidente y continuando con la libertad de innumerables siervos, el restablecimiento de cien gobiernos libres, y la increíble aparición de tantas nacionalidades, y el impulso dado á los universales progresos, y á la gradual abolición de los privilegios, y el sentido más humano de que van penetrándose todas las legislaciones; y la emancipación del espíritu en su conciencia, en su razón, en su